

Año C 30mo domingo tiempo ordinario

Si 35:12-14, 16-18; Sal 34; 2 Tm 4:6-8, 16-18; Lc 18:9-14

Las lecturas de este domingo son como la continuación de las del domingo pasado sobre la perseverancia en la oración. Pero hay una atmósfera misteriosa que rodea la aseveración que el Señor escucha el grito del pobre. Hay muchas calamidades en el mundo hoy, especialmente la guerra, el terrorismo, las dictaduras, desastres naturales y epidemias, y golpean en primer lugar y más duro a los pobres. Aun los terremotos no dan sus golpes de manera pareja: el mismo terremoto o aun uno menor destruirá y matará mucho más ahí donde las casas están mal construidas y donde los gobiernos dan una ayuda débil y mal organizada. Parece que a los pobres les toca cada vez la suerte peor. Entonces, ¿no es irónico, y quizá una burla, decir que “el Señor no tardará” en acudir al gemido del más débil?

Nuestra fe cristiana, al seguir a Jesús, debe fijarse en dos aspectos de este problema. Primero, que de hecho Dios está en primer lugar con los pobres: es a los pobres que se predica la Buena Nueva, Lc 7:22; 6:20, cf. 6:24. Los pobres a menudo muestran un desapego de los bienes materiales que los que aspiran a la santidad, aun en otras religiones como el hinduismo y el budismo, hacen muchos esfuerzos para lograr. Los pobres a menudo son inocentes, puesto que no son los grandes prepotentes responsables por la desastrosa condición en que está el mundo y tanta de sus instituciones. Es verdad que la creencia que simplemente no tener dinero te salva (la antigua herejía del “Ebionismo”) está equivocada, pero la razón que se da para los destinos tan diferentes de Lázaro y del rico anónimo no es tanto explícitamente ética (Lázaro era bueno y el rico malo), sino sencillamente las cosas se invierten al final: Abraham dice, “Hijo, recuerda que tú recibiste tus bienes durante tu vida, y de modo semejante Lázaro recibió sus males; pero ahora aquí él es consolado y tú estás en la angustia” (Lc 16:25). Esto es parte de nuestra fe.

Pero la fe sin obras está muerta (St 2:14-26). Este es el otro lado del misterio: el porqué nosotros no “reparamos el mundo” (como dicen los judíos, *tikkún 'olam*) y al contrario nos aferramos a “nuestras cosas.” Al fin y al cabo, nuestra actitud es como la de los fariseos: sólo pensamos en nosotros mismos, lo que valemos (como dicen los anuncios de *L'Oreal*). Con humildad y obediencia a Dios, como el pecador en la parábola, estaremos bien con Dios (“justificados”), y podremos irnos a casa en paz. Pongámonos en el lugar del otro, y recordemos el motivo bíblico (tema central) de la *inversión* o cambio de lugar que habrá al final: los

humildes serán exaltados, los últimos serán los primeros, el más grande será el que sirvió a los demás.